

(Viene de la anterior)

—Claro que sí, y además por encima de todos. Para mí «El Repuntín» es el más completo; yo diría que el superclase de los actuales y luego en un grupo que le sigue, pues me contarán con Roca, Taxista, Patiñero y alguno más.

—Y nuevos valeros, ¿surgen?

—Esa es la pena, pues pasan los años y no llegan los que habrían de coger las riendas. De todas formas el trovo es algo inabundante y no está al alcance de todo el que quiere, y siempre han sido más bien escasos el número de intérpretes. En los últimos tiempos contamos con las apariciones de «Roca II», «El Palmesano» y «El Barandaa», y es posible que haya algunos otros esperando decidirse a tomar parte en estas veladas.

—¿Cuál es el mejor premio que puede recibir un trovero?

—Sin duda, dejar un buen recuerdo y que la gente lo pase bien; yo con eso me conformo y no aspiro a ninguna otra cosa.

«Tengo la mayor riqueza dentro de mi propio hogar salud, cariño y nobleza nadie puede mi grandeza con su dinero comprar».

Y «Conejo II» sigue con otra «quintilla» matizando en el tema:

«No cabe queja en mi ser, soy feliz en mi pobreza, soy dichoso al comprender que soy rico sin tener materialmente riqueza».

En la dinastía de los Conejos, está también un hijo del referido trovero que también apunta bien el trovo. ¿Se decidirá a tomar parte en el mismo?

—Ya lo veo muy difícil. A él sólo le gusta hacer alguna cosa entre amigos o cuando está en casa y no se atreve a subir a un escenario. Si no cambia de opinión y ya es mayorcito, no creo que dé el paso decisivo. Pero de todas formas, quién sabe lo que puede pasar mañana...

—¿Qué es lo que más le gusta al público en la modalidad trovera?

—Generalmente lo que le gusta al espectador es que los actuantes se digan mil perrerías, lo que llamamos «lucha trovera», a través de las quintillas y otra situación que les gusta mucho es cuando hacemos las décimas.

—¿Come por ejemplo?...

«Cuando la honradez se labra y el fruto brota en un hombre antes reniega a su nombre que faltar a su palabra. Aunque la tierra se abra si hay un camino a seguir por donde yo pueda ir, aunque resulte escabroso lo seguiré sin reposo para poderla cumplir».

Le decimos también al trovero unionense que recuerde algún momento de sus intervenciones que le haya dejado recuerdo grato.

—Son muchos y no solamente por los premios conseguidos, sino igualmente por las gentes que nos ha dado oportunidad de conocer, y asimismo la alegría de esos versos que de forma espontánea hemos podido componer. Hay uno que me salió completito cuando me media en mis primeros pasos con el llamado historiador del trovo, Angel Roca. Dice así:

«Siendo escaso mi saber y tú del saber gigante no has sabido comprender que el sabio del ignorante también pudiera aprender».

Asensio Sáez y La Unión

TENGO entre las manos uno de los libros de Asensio Sáez (1). Naturalmente, trata sobre La Unión. Pese a su juventud, Asensio lleva casi cuarenta años escribiendo cosas de La Unión. Recordaré siempre el día en que siendo yo un crío fui con mi madre a recoger unas estampas de santo que me había prometido el padre Angel —que se hospedaba en la pensión que la tía de Asensio, la «chacha Antonia», tenía en la calle Mayor—; Asensio, un zagal al que ya comenzaba a apuntar el bozo, escribía afanado sobre la gran mesa común su primer artículo sobre La Unión, que luego el padre Angel llevaría a LA VERDAD a su regreso a Murcia. No es frecuente ver nacer a un escritor. Yo tuve esa suerte.

La Unión que Asensio invoca es un mundo único, como entrevisto a través de girones algodonosos, en que toda la grandeza pasada —la real y la legendaria— de esta ciudad, única también, se nos muestra en toda su agriñol cruceza de amor y de muerte. Asensio, cuando habla de La Unión, se transfigura; mojado su pluma en azules y ocre, en amarillos y grises, hasta en blancos que en él nunca son anodinos —«la casa, bajo las luces blancas, blanca en lo blanco»— vibra de emociones idas y, a veces, casi nos hace llorar evocando el pasado. Y en todo momento recurre a su tnel del tiempo particular, ese túnel por él tan querido formado por la tradición oral de sus mayores —que no es muy partidario de rebuscar entre viejos legajos mohosos—, en donde todo lo que fue La Unión a través de los tiempos se refleja grisáceo, como en esos espejos biselados de las casas poderosas que fueron un día testigos de fiestas desbordantes de risas y campagne y que hoy duermen su sueño de hastío en un desván olvidado, turbios ya de años... O le basta con salir a la calle y enfrentarse al agreste paisaje y dejarse scarificar por el aire de la sierra, que trae siempre reminiscencias de mar —su otra pasión— para que sus recuerdos de niño, para que las historias de los viejos mineros contadas al sol de mediodía cobren vida, y los amados fantasmas deambularen de nuevo por las calles soñadas de esta ciudad, soñada también.

En esta antología hay, sólo, una pálida muestra de todo lo que durante tantos años ha escrito Asensio en libros, en artículos periodísticos, en folletos, en programas de fiestas, en catálogos de exposiciones de pintura, en



fin, en todo lo que ha caído en sus mazos, en un localismo desbordante y cerrado, en el mejor sentido de la palabra. Leyendo a Asensio se tiene la sensación casi física de que, de pronto, va uno a toparse con el «Rojo el apargatero» saliendo de la taberna o con uno de aquellos fabulosos «partidarios» que encendían sus puros con una «sábana» de curso legal, ante la envidia y el odio de sus obreros... O con María, diciéndole a Castillo:

Tengo amigos a millares en Cartagena y La Unión, que las dos ciudades son la cuna de mis cantares.

Pero ese amor tan fecundo, tan entrañable, tan exagerado si en amor hubiese exageración, hacia la tierra que le vio nacer, quizá ha frenado un tanto su trayectoria artística. Como Salvador Espriu, que pudo ser un poeta internacional y su amor a Cataluña le cortó las alas para volar lejos de sus fronteras; como Salvat Papaseit, que lo tuvo todo en su verbo para llegar a lo más alto, y su amor, desmesurado y hasta patológico hacia Barcelona, hizo que se quedara en el poeta de las Ramblas, a las que cantó como nadie ha sabido después superar. Así, Asensio Sáez, que lo tiene todo para volar también muy lejos, no ha querido en ningún momento iniciar la «aventura de Madrid», imprescindible todavía a todo literato con ambiciones de gloria, y ha preferido la gloria de las cosas sencillas, la gloria de su pueblo, cantada a todas horas desde su escuela, desde su casa de la calle Mayor en la que no hay más que subir a la terraza para enfrentarse, casi a tiro de piedra, con el escenario tremendo de la sierra...

No obstante, pese a su lirismo, no es una obra arrebatada ni apresurada. Yo, que siempre he seguido sus pasos, la enmarcaría en cuatro puntos fundamentales: su denuncia social —el obrero es siempre protagonista indiscutible frente a las injusticias del patrono—, su sentimiento elegiaco y de mitificación de la realidad, su enorme realismo social —aunque parezca una contradicción— y su incomparable simbología, que la eleva hasta el surrealismo más puro.

—«Cuando mozo era talmente un gozo beberse un trago de viento, como un buen vino, la salida de la mina»...

Quizá La Unión ha perdido un Delibes o un Cela.

Pero ha ganado un poeta. Y eso es un timbre de gloria que, muy raramente, los pueblos alcanzan.

(1) A. Sáez García. «La Unión. Su antología». Cartagena, 1979.

FRANCISCO A. BARADO

EN CARTAGENA



Almacenes Ajala

- ★ DROGUERIA
- ★ PINTURAS
- ★ PERFUMERIA

Siempre cerca de usted un establecimiento

PRODUCTOS



«Diputado»

FABRICA DE EMBUTIDOS MATADERO INDUSTRIAL

FABRICA:

PLAZA DE NUESTRA SEÑORA DE LA OLIVA, 1

Teléfonos: 810032. Particular, 810043 - 810353

ALQUERIAS (Murcia)